



CURSO bíblico ESTÁ ESCRITO

“No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4).

7. El Artista supremo

INTRODUCCIÓN

Se relata que cierto día paseaba Miguel Angel, el célebre artista del Renacimiento, por una calle de Florencia. De repente, algo le llamó la atención. Era una piedra inutilizada. Se trataba de un finísimo trozo de mármol de Carrara, que algún artista mediocre había comenzado a tallar para sacar una figura humana, con tan poca habilidad que el mármol fue arrojado por inútil en un rincón de la calle.

Miguel Angel advirtió en seguida una hermosa posibilidad. Y de inmediato dispuso que condujeran a su estudio aquel mármol a medio cincelar, arruinado y desechado.

Si visitamos hoy a Florencia, tendremos ocasión de admirar la perfecta simetría y belleza de la forma humana de una de las obras de arte más nobles del mundo: el David, mundialmente célebre. Cuando este monumento se exhibió por primera vez, causó verdadera sensación.

Cada ser humano es en un sentido una piedra inutilizada, desechada, arruinada por el pecado. Pero cuando Cristo, el gran Artista divino nos observa, nos ve como podríamos llegar a ser transformados por su gracia y poder, labrados por el cincel de su Evangelio, y se dispone a modelarnos de nuevo si tan sólo se lo permitimos...

“Por sus frutos los conoceréis”, es la regla universal que establece la Palabra de Dios para determinar la naturaleza de una causa cualquiera. Se manifiesta, pues, el verdadero cristianismo, se conoce la existencia del verdadero espíritu de Cristo, por los frutos que produce.

1. ¿Qué ocurre cuando una persona se convierte a Cristo?

ESTÁ ESCRITO:

“De modo que si alguno está en Cristo, **nueva criatura es**; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17).

2. ¿Por qué experiencia espiritual pasa todo el que cree en Jesús?

ESTÁ ESCRITO:

“Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, **es nacido de Dios**” (1 Juan 5:1).

3. ¿Qué fuerza interna salva del pecado a los nacidos de Dios?

ESTÁ ESCRITO:

“Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque **la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios**” (1 Juan 3:9).

4. ¿Cómo podemos saber que Cristo está en nosotros y nosotros en él?

ESTÁ ESCRITO:

“En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, **en que nos ha dado de su Espíritu**” (1 Juan 4:13).

5. ¿Qué les prometió Cristo a sus seguidores antes de regresar al cielo?

ESTÁ ESCRITO:

“**Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador**, para que esté con vosotros para siempre: **el Espíritu** de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y **estará en vosotros**” (Juan 14:16, 17).

6. Si Cristo mora en nuestros corazones por su Espíritu Santo ¿qué fruto debemos esperar en nuestras vidas?

ESTÁ ESCRITO:

“Mas **el fruto del Espíritu** es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu” (Gálatas 5:22-25).

7. Si andamos en el Espíritu ¿qué cosas no haremos?

ESTÁ ESCRITO:

“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y **no satisfagáis los deseos de la carne**. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne. . . : adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios” (Gálatas 5:16-21).

8. ¿Qué podemos hacer los que amamos a Cristo para que él venga a morar en nuestro corazón?

ESTÁ ESCRITO:

“**Respondió Jesús** y le dijo: **El que me ama, mi palabra guardará**; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él” (Juan 14:23).

9. ¿Por qué es importante que Cristo more en nosotros?

ESTÁ ESCRITO:

“Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, **a fin de que**, arraigados y cimentados en amor, **seáis plenamente capaces de comprender** con todos los

santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer **el amor de Cristo**, que excede a todo conocimiento, **para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios**” (Efesios 3:17-19).

10. ¿Qué espera Cristo que hagamos cuando viene a nosotros?

ESTÁ ESCRITO:

“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y **abre la puerta**, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (Apocaqlipsis 3:20).

CONCLUSIÓN

Se cuenta de un experto subastador que un día tomó en sus manos un olvidado y empolvado violín para venderlo. Mirando el violín con desprecio, y creyendo que sería inútil ofrecerlo a subasta porque nadie daría ni un centavo por él, lo tomó en sus manos y lo ofreció al mejor postor.

“¡Honorable público! ¿Cuánto ofrecen por este antiquísimo violín? Obsérvenlo bien. ¿Quién es el que hará la primera oferta? Un dólar, dos, ¿Quién dará más? ¡Tres dólares, uno! ¡Tres dólares, dos! ¡Se vende por tres!... Pero no...”

La figura sencilla de un anciano, que ostenta en su cabeza las nieves de muchos inviernos, se abre paso entre el público. Llega hacia el rematador, toma el violín con sus delgadas manos, lo contempla con arrobamiento, le quita el polvo que lo cubre, toma el arco entre sus dedos, afina sus cuerdas, y con maestría y ejecución exquisita, arranca del viejo y despreciado violín melodías que llegan a ese profano público y al corazón del rematador como notas enviadas del cielo.

En seguida la escena cambia por completo. Continúa el mismo público y el rematador es el mismo de antes, pero ahora el rematador levanta otra vez muy en alto el violín y con acento solemne y con respeto exclama:

“¿Cuánto ofrecen por este violín? ¡Mil dólares! ¿Quién ofrece dos mil? ¡Dos mil!, ¿y quién daría tres mil? ¡Tres mil dólares, uno! ¡Tres mil dólares, dos! ¡Tres mil dólares, tres! Y ¡adjudicado, en fin, por tres mil!”

¿Qué fue lo que hizo cambiar el valor?”, pregunta un hombre asombrado. “El toque del maestro”, responde el subastador.

Y cuánta alma se encuentra arrumbada en el polvoriento camino de la vida, como el violín: olvidada y cubierta con la escoria del pecado. Subastada sin misericordia a un mundo cruel, sin que hombre alguno se atreva a dar un centavo por su rescate.

Pero un día llega el Maestro, Cristo nuestro Salvador y lo toca, y con su delicadeza y ternura le quita la escoria del pecado, y hace que vibren en esa alma las cuerdas más sensibles del arrepentimiento hasta que, con lágrimas y gozo se va limpiando el vaso del corazón, gracias al toque del gran Maestro.

MI DECISIÓN PERSONAL

___ Reconozco que Cristo es la única fuente de poder espiritual y que mi crecimiento podrá ser constante sólo en la medida en que mi vida esté vinculada con él y sólo en el grado en que Cristo habite en mi corazón.

Nombre _____ Fecha _____



ESTUDIO ADICIONAL

PUERTAS ABIERTAS

“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3).

Conocer a Jesús y seguir sus enseñanzas es la razón de la vida cristiana. Al final muchos que hicieron muchas cosas por Cristo en total consternación escucharán lo que registra Mateo y Lucas: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mateo 7:21-23). “Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán. Después que el padre de familia se haya levantado y cerrado la puerta, y estando fuera empecéis a llamar a la puerta, diciendo: Señor, Señor, ábrenos, él respondiendo os dirá: No sé de dónde sois. Entonces comenzaréis a decir: Delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste. Pero os

dirá: Os digo que no sé de dónde sois; apartaos de mí todos vosotros, hacedores de maldad” (Lucas 13:24-27).

En otras palabras, porque no te conozco no puedes entrar. Nota que no es un problema de identidad, no es porque el Señor no sabe quienes son. Las Escrituras aseguran que él aún tiene contados los cabellos de nuestra cabeza (Lucas 12:7). No está hablando de un problema de identidad sino de relación. “No os conozco”

Fuimos credos a la imagen de Dios. Nuestra felicidad eterna la obtenemos en descubrir y hacer la voluntad de Dios en una relación personal, sin lo cual todo lo demás es legalismo. El que se pierda, se perderá finalmente porque no desarrolló una relación personal con Cristo en esta vida. Conocerle es amarle, amarle es obedecerle, servirle y hacer su voluntad.

Cuando vamos a la Biblia, hay una sola pregunta en la Biblia que nosotros debemos hacer a Dios, y es la pregunta que Saulo de Tarso hizo mientras yacía en el polvo en camino a Damasco, derribado por la luz del Señor resucitado. “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? . . . Yo soy Jesús a quien tu persigues” (Hechos 9:4, 5). En otras palabras, estoy vivo y muy molesto con lo que estás haciendo a mi pueblo. Recuerdas las siguientes palabras de los labios de aquel futuro apóstol? “Señor, ¿que quieres que yo haga?” (Hechos 9:6). Y esa es la única pregunta legítima, relevante que cada uno de nosotros debemos hacer a Dios. ¿Qué quieres que haga, cuál es tu voluntad?

Cuando Juan el Bautista comenzó su ministerio, su mensaje era simple: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 3:2). Nota que el no llamó la república del cielo o la democracia del cielo, sino el reino. Todos sabían de qué estaba hablando, un reino está regido por un rey. En los reinos de aquellos días, el rey era el monarca absoluto, lo que él decía se hacía, tenía el poder literalmente de vida o muerte sobre sus ciudadanos para hacer cumplir su voluntad. Cuando él hablaba nadie argumentaba con él, si quería sobrevivir.

En Mateo 4:7 encontramos el mismo mensaje predicado por Jesús: “Arrepentíos porque el Reino de los cielos se ha acercado”. Cuando Jesús predicó su famoso Sermón del Monte, el tema central fue que la única avenida a través de la cual los ciudadanos del reino pueden encontrar felicidad era: 1) Aprender cuál es la voluntad de Dios. 2) Obedecerla de la mejor manera.

Cuando Pilato le preguntó a Jesús si él era rey, le dijo: “Sí, pero mi reino no es de este mundo”. Como Rey, Jesús con frecuencia se refirió a sí mismo en presencia de sus seguidores, los primeros cristianos, usando dos términos diferentes, que no son sinónimos: Salvador. Cuando el ángel Gabriel se le apareció a José le dijo “y llamarás su nombre Jesús porque él salvará a su pueblo de sus pecados”. El mismo Jesús dijo que había venido “a buscar y salvar lo que se había perdido” (Lucas 19:10). El otro término es Redentor, vino a pagar el precio de nuestros pecados. El nos posee doblemente: 1) por habernos creado, 2) por habernos redimido, por haber pagado el precio de nuestros pecados.

Pero Jesús se llamó más que Salvador y Redentor, se llamó Maestro y Señor. Y eso era muy bien entendido en sus días, aunque no es claramente entendido en nuestros días, porque no vivimos en un reino ni en un sistema autocrático.

Aún así Jesús tuvo problemas en sus días. “¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?” (Lucas 6:46). Hay cristianos que hacen lo que quieren.

Un siervo no se levantaba por la mañana para hacer lo que quería. Se preguntaba ¿cuál es la voluntad de mi Señor para este día? Señor, ¿qué quieres que yo haga? Todo lo demás era secundario. Y así es también con nosotros, porque si en este día no estás haciendo la voluntad de Dios, ¿la voluntad de quién estás haciendo?

En todo su ministerio terrenal Cristo se basó en estos dos asuntos, conocer y hacer la voluntad del Padre. Mateo más que los otros repite esto vez tras vez. Una vez vinieron su madre y sus hermanos a verle y pidieron hablar con él. Su respuesta retórica fue: “¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? ... Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre” (Mateo 12:46-50). ¿Quieres ser un hermano/a de Jesús? Nota a quiénes considera él sus hermanos o más allegados.

Más tarde contó la parábola de los dos hijos, uno que dijo voy y no fue, el otro no voy y fue. El punto central es que nuestras acciones hablan más fuerte de lo que decimos. Hablar es barato, el tener buenas intenciones es bueno, pero son las acciones las que cuentan. Y finaliza con estas palabras, “¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?” (Mateo 21:31).

Jesús siempre practicaba lo que decía: “Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada” (Juan 8:29). “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Juan 4:34)

Repetidamente declaró, “Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Juan 6:38). Y ¿cuál era la voluntad del Padre para Jesús? “Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero” (Juan 6:40).

En el Getsemaní, horas antes del Calvario luchando entre gotas de sangre, clamó tres veces. “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mateo 26:39). Finalmente en sumisión exclamó: “Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad” (Mateo 26:42).

“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2: 5-8).

Dios tiene un plan individual para tu vida. Dios nos conoce antes de nacer, y desde entonces tuvo un plan para ti.

Cuando leemos en las Escrituras no podemos dejar de conmovernos a leer la descripción del hombre más poderoso de la tierra en aquel entonces. El emperador Ciro fue movido tan profundamente cuando supo que Dios tenía un plan para él que determinó allí mismo cumplir cada detalle del plan de Dios para su vida.

Jesús habló acerca de la seguridad de conocer cual es la voluntad del Padre. Juan 7:17, “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios”. Hay un costo en hacer la voluntad de Dios.

Hay 3 puertas que se mencionan en el libro de Apocalipsis que deben abrirse al hacer la voluntad de Dios y para llegar a su Reino celestial.

La puerta del corazón. “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (Apocalipsis 3:20). Tú puedes abrir esa puerta o puedes dejarla cerrada y no escuchar más los golpes. Jesús dice: si la abres yo entraré y cenaré contigo. La cena era generalmente la hora de la puesta del sol cuando un nuevo día comenzaba, de acuerdo a la Biblia. Los elementos que encontramos aquí son: una cena, descanso y un nuevo día. Tres bendiciones que llegan al creyente cuando este abre la puerta de su corazón a Cristo. Ese es solamente el comienzo de una relación personal con Cristo. Si has de llegar al cielo será por una relación personal con Cristo.

Comer juntos en la cultura hebrea, es ser iguales. ¿Recuerdas José? El no se sentó con sus hermanos en la misma mesa porque era abominación. En aquellos tiempos sentarse a comer con alguien era señal de igual posición. Pero cuando lo hizo se puso al nivel de ellos.

Jesús nos invita a cenar. Pero no hay comidas gratis. Luego de comer, hallar descanso en él, nos invita a pasar por otra puerta.

La puerta del servicio. “Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre. . . he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar. . .” (Apocalipsis 3:7, 8). Por eso Jesús nos dice: “Ve hoy a trabajar en mi viña” (Mateo 21:28).

Pero hay un costo personal en hacer la voluntad de Dios y servirle. ¿Recuerdas la parábola de la perla de gran precio? Con un poco de imaginación santificada, alguien ofreció el siguiente diálogo para ilustrar lo que significa el dejar todo nuestro ser en la manos de Dios, conocer y hacer su voluntad de tal modo que quedemos libres, no para hacer lo que queremos sino la voluntad de Dios. ¿Recuerdas la parábola de la perla de gran precio?

— ¿Cuánto cuesta esta perla? Quiero tenerla.

— Bueno —dice el vendedor—, es muy cara.

— Bien, pero, ¿cuánto cuesta? —insisto.

— Es muy, muy cara.

— ¿Piensa que podré comprarla?

— Por supuesto, cualquiera puede adquirirla.

— Pero, ¿es que no acaba de decir que es muy cara?

— Sí.

— Entonces, ¿cuánto cuesta?

— Todo cuanto usted tiene —responde el vendedor.

Pienso por unos momentos. — Muy bien, estoy decidido, ¡voy a comprarla! —exclamo.

— Perfecto. ¿Cuánto tiene usted? —me pregunta.

— Tengo 500 mil en el banco.

— Bien, 500 mil. ¿Qué más?

— Eso es todo cuanto poseo.

— ¿No tiene ninguna otra cosa?

— Bueno... tengo unos más en el bolsillo.

— ¿A cuánto asciende?

Me pongo a hurgar en el bolsillo. —Veamos, 100, 200, 300.... aquí está todo, ¡500 dólares!

— Estupendo. ¿Qué más tiene?

- Ya le dije. Nada más. Eso es todo.
- ¿Dónde vive? —me pregunta.
- Pues en mi casa. Tengo una casa.
- Entonces la casa también —me dice mientras toma nota.
- ¿Quiere decir que tendré que vivir en mi remolque?
- Ajá. ¿Con que también tiene un remolque. El remolque también. ¿Qué más?
- Pero si se lo doy, entonces tendré que dormir en mi automóvil.
- ¿Así que también tiene un auto?
- Bueno, a decir verdad, tengo dos.
- Perfecto. Ambos coches pasan a ser mi propiedad. ¿Qué otra cosa?
- Mire, ya tiene mi dinero, mi casa, mi remolque, mis dos autos. ¿Qué otra cosa quiere?
- ¿Es solo? ¿No tiene a nadie?
- Sí, tengo esposa y dos hijos...
- Excelente. Su esposa y niños también. ¿Qué más?
- ¡No me queda ninguna otra cosa! Ahora estoy solo.

De pronto el vendedor exclama: —Pero, casi se me pasa por alto! Usted. ¡Usted también! Todo pasa a ser de mi propiedad: esposa, hijos, casa, dinero, automóviles y también usted.

Y enseguida añade: —Preste atención, por el momento le voy a permitir que use todas esas cosas pero no se olvide que son mías y que usted también me pertenece, y que toda vez que necesite cualquiera de las cosas de que acabamos de hablar debe dárme las porque yo soy el dueño.

Así ocurre cuando se es propiedad de Jesucristo. Para muchos aquí está el problema. Aceptar a Jesús como Salvador es lo que todos quieren. Si alguien paga mis deudas, bienvenido, Dios bendiga al tal. No he encontrado a nadie que no quiera que Jesús pague su deuda. Pero él también dice, yo soy tu Señor y Maestro, quien te dice que debes hacer, no hacer, pensar, leer, dónde ir, qué leer, etc., y muy pocos cristianos comparativamente hablando están dispuestos a ser dictados sobre qué hacer en estos asuntos.

Es posible para Cristo ser nuestro dueño pero no poseernos. Muchas veces la gente pide algo y no lo devuelve. Eres el dueño pero no posees lo que es tuyo, no está a tu servicio. Tú y yo tenemos libros que son nuestros pero no los poseemos, son tuyos pero no están a tu servicio. ¿Es posible que seamos de él y a la vez no estar a su servicio? Es posible para Cristo ser nuestro dueño porque él nos compró a gran precio, pero es posible que no nos posea porque nuestro corazón está detrás de otras cosas o personas.

Cuando le abres la puerta del corazón, Jesús te lleva a la puerta del servicio, y ese servicio te puede costar algo.

María de Nazaret tuvo el privilegio de ser la madre del Salvador, pero el ángel le dijo que una espada traspasaría su alma, y así ocurrió. Aceptó el desafío y tuvo que pagar el precio de la crítica, fue acusada de inmoralidad, de tener un hijo fuera del matrimonio. Luego tuvo que estar al pie de la cruenta cruz romana y ver a su hijo morir.

Hubieron tres muchachos en la planicie de Dura, en la provincia de Babilonia. La orden era que al sonido de la orquesta debían postrarse y adorar la estatua o ir al horno. Su decisión fue, no importa lo que pase servirían al Dios verdadero. Fueron

atados con zogas. Cristo pudo haberles librado de ir al horno, cerrar la puerta, apagar el fuego con un soplo, pero no lo hizo. Los dejó pasar por la puerta del servicio y testimonio. Dios eligió librarlos no del horno, pero de los efectos del horno.

Su primo, Juan el Bautista. A él se le ofreció una puerta, una prisión. Allí entró el verdugo con el hacha y separó la cabeza de Juan. Pero de aquella prisión nos llega el mensaje: “A él conviene crecer y a mí menguar” y Dios eligió ese camino para Juan.

La puerta de los cielos. Si pasas por la puerta del servicio fiel, hay una tercera puerta. El autor de Hebreos habla de una “ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Hebreos 11:10). Juan la describe con 12 puertas (Apocalipsis 21:12-21)

Un día, si has desarrollado una relación personal con Cristo, si has caminado día a día con él, esas puertas se abrirán para tí, y de en medio de aquella ciudad escucharás la invitación de bienvenida de tu Señor: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor” (Mateo 25:23).

“Vuelve ahora en amistad con él, y tendrás paz; y por ello te vendrá bien” (Job 22:21).

“a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte” (Fil 3:10).

“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3).